

LA COLONIA DE JAPONESES EN MANILA EN EL MARCO DE LAS RELACIONES DE FILIPINAS Y JAPÓN EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

José Eugenio Borao
Universidad Nacional de Taiwán

1. Japoneses en Filipinas tras la llegada de los españoles (1570-1583)
 - 1.1. Los “wokou” (piratas-mercaderes japoneses)
 - 1.2. “Wokous” en Cagayan (1576-1582)
 - 1.3. Puerto japonés en Lingayen (1582)
 - 1.4. Los primeros japoneses de Manila
2. Época de Hideyoshi, fundación de Dilao y primera expulsión (1584-1597)
 - 2.1. Inicio de relaciones 1584-1589
 - 2.1.1. Los primeros japoneses residentes estables en Manila (1585)
 - 2.1.2. Expedición japonesa de exploración y fundación de Dilao (1592)
 - 2.2. Las primeras embajadas (1592-1594)
 - 2.3. La colonia japonesa de Dilao e incidente del “San Felipe” (1597)
3. Ieyasu y el fracaso de una colaboración (1598-1613)
 - 3.1. Segunda época de embajadas (1600-1603)
 - 3.2. Ayuda militar japonesa en la masacre de chinos de 1603
 - 3.3. Vivero de Velasco (1608-1610) e incidente del “San Francisco” (1609)
4. Época de persecuciones (1614-1624)
 - 4.1. Destierro de japoneses cristianos y fundación de San Miguel (1615)
 - 4.2. Lope de Vega y *El triunfo de la fee en los reynos de Japon*
 - 4.3. Incidente con la Flota de Defensa anglo-holandesa (1620)
 - 4.4. Crecimiento exponencial de japoneses en Manila
 - 4.5. Última embajada española y expulsión de los españoles de Japón (1624)
5. Época de clandestinidad (1625-1642): Taiwán en el contexto de estas relaciones
 - 5.1. Incidente de Alcarazo: una nueva oportunidad perdida (1628)
 - 5.2. “Ofensiva” de los Dominicos
 - 5.2.1. Llegada de los españoles a Taiwán (1626)
 - 5.2.2. La reacción a las iniciativas del Padre Collado
 - 5.3. Política errática: entre la invasión (1630) y el aislamiento (1633)
 - 5.4. La política del *sakoku* (1633-1639)
 - 5.4.1. El *sakoku* y la disminución de la colonia de japoneses de Manila
 - 5.4.2. El último intento japonés de invasión de Manila (1637)
 - 5.4.3. La vuelta de misioneros a Japón a través de Taiwán

Conclusión

Las relaciones entre la colonia española de Filipinas y el Japón de los periodos Momoyama y Edo conocieron episodios que generaron gran interés historiográfico, como las persecuciones a cristianos, los incidentes de los galeones “San Felipe” y “San Francisco”, el impacto del comercio, etc. En otras palabras, se trataba de ver la recepción de la cultura española en un Japón en proceso de unificación que se abría al mundo, pero que acto seguido decidía cerrarse a él. También aparecieron estudios sobre la presencia de japoneses en territorio hispano, como el de Seiichi Iwao para las Filipinas, o el relato histórico novelado de Shusaku Endo sobre la embajada de Date Masamune y Luis Sotelo, así como otros estudios acerca de las consecuencias de dicho viaje. El presente trabajo tiene dos objetivos, el primero es el de definir un marco general en el que encuadrar las relaciones históricas entre ambos archipiélagos y, en segundo lugar –y siguiendo la línea que marcó Iwao¹–, estudiar y sistematizar la presencia japonesa en Filipinas.

1. Primeros asentamientos japoneses en Filipinas (1570-1583)

1.1. Los “wokou” (piratas-mercaderes japoneses)

Los primeros asentamientos japoneses en Filipinas hay que situarlos en relación con la actividad de los “wokou” (wakô) o piratas japoneses, que fueron muy activos en las costas de China desde el inicio de la dinastía Ming. Su actividad se intensificó de nuevo en el siglo XVI, alcanzando también las Islas Filipinas, aunque para entonces bajo el nombre de “wokou” se tendrían que incluir también piratas chinos. Una de las razones por las que los portugueses fueron aceptados en Macao fue precisamente la de que podrían servir como ayuda para controlar dicha actividad pirática. Igual podemos decir de Filipinas, en donde el pirata chino Limahong fue perseguido por los españoles ganándose así éstos la confianza de las autoridades costeras chinas.

1.2. “Wokous” en Cagayan (1576-1582)

La actividad de los “wokou” trataba de teñirse de honorabilidad en los puertos de destino, como debió ocurrir en los puertos japoneses de Luzón. La primera noticia que de éstos tenemos es de 1573 cuando Diego de Artieda envió un informe al rey en donde señalaba relaciones comerciales regulares entre Japón y Luzón. Dos años más tarde, en 1575, Juan Pacheco de Maldonado era más explícito al señalar que los japoneses llegaban cada año a Luzón para intercambiar plata por oro, siendo tres sus principales destinos Cagayan, Lingayen (en Pangasinan) y Manila. Las noticias que llegaron poco después, en 1580 y 1581, señalaban que los japoneses estaban haciendo algún daño a los nativos, y ya, en 1582, se habla claramente del pirata Tayfuzu (Tay Fusa) que se aprestaba para ir a Cagayan con 10 navíos. El gobernador Gonzalo Ronquillo de Peñalosa envió a Juan Pablo Carrión a Cagayan

¹ Seiichi Iwao, *Early Japanese Settlers in the Philippines*, Tokyo, 1943 (Reprint in *Contemporary Japan*, Vol. XI, Nos. 1-4).

para tomar control del norte de Luzón y esperarlos, para lo cual tuvo que luchar primero contra algunos barcos chinos y luego contra uno japonés, que, con la intención de obtener oro, había establecido una base a la entrada del río Cagayan, con una pequeña fortificación. Carrión se adentró por el río Cagayan y fue asaltado por 18 sampanes de japoneses. Se defendió y dio muerte al general de la armada, a un hijo suyo y a 200 japoneses². Carrión asentó allí cerca sus reales, y pidió a los japoneses que dejaran el lugar, éstos aceptaron a condición de que fueran compensados con gran cantidad de oro. Carrión no sólo dio una respuesta negativa, sino que los japoneses pensaron que Carrión iba a actuar para confiscar el que ya tenían. Los más de 600 japoneses allí presentes iniciaron una rebelión en la que fueron derrotados, acabando así los años del puerto japonés de Cagayan. El Gobernador de Filipinas, Gonzalo Ronquillo, al informar de este suceso al Rey definía a los japoneses del siguiente modo:

"Los japones es la gente más belicosa que hay por acá. Traen artillería y mucha arcabucería y piquería. Usan armas defensivas para el cuerpo. Lo cual todo lo tienen por industria de portugueses, que se lo han mostrado para daño de sus ánimas..."³.

La actividad japonesa en esta área del norte de Luzón prácticamente desapareció, con las excepciones naturales, como cuando en 1586 llegó un barco mercante de Omura, que pertenecía al señor feudal de Kyushu, pero no se prolongaron más allá de 1600. Por el contrario, los japoneses de Cagayan trasladaron sus actividades a otro puerto en que también tenían actividad, situado en la bahía de Lingayen⁴.

1.3. Puerto japonés en Lingayen (1582)

Este puerto ya veía teniendo relaciones comerciales con China, al menos desde 1406, en que el líder nativo de Píng-chia-shih-lan (Pangasinan) pagaba impuestos a la dinastía Ming. Un informe de Miguel de Loarca sobre las condiciones de la colonia, describía la bahía de Pangasinan como un lugar en el que vivían 4.000 nativos con un grado de civilización superior gracias al regular contacto con chinos, con comerciantes de Borneo y con japoneses. Así pues, este puerto creció a partir de 1582, hasta el punto de que Loarca señalaba que uno de los puertos de la bahía era el llamado 'puerto de los japoneses'. La actividad no debió cesar ya que en un informe de 1618 escrito por el gobernador se señala que la provincia de Pangasinan era rica

² Carta de Juan Bautista Román al Virrey de México, en Cavite, a 25 de junio de 1582 (AGI, Filipinas 29, ramo 3, número 62; también en Emma Helen Blair; James Alexander Robertson (B & R). *The Philippine Islands*, 1493-1898, Cleveland, 1905, v. 5, pp. 192-195).

³ Carta de Gonzalo Ronquillo al rey, del 16 de junio de 1582 (B & R, v. 5, p. 27).

⁴ En cualquier caso la actividad de los piratas japoneses no desapareció de inmediato. En el memorial de la Junta de Manila de 1586 proponiendo remedios al Consejo de Indias para las Islas, se señalaba la necesidad de fortificar las costas para garantizar el comercio con China amenazado por piratas japoneses (B & R, v. 6, p. 188).

en ciervos, hasta el punto de que cada año se exportaban de sus puertos para Japón entre 60.000 y 80.000 cueros. Entre los puertos se señalan el de Agoon, o puerto japonés, así como el de Bolinao a la entrada de la bahía. De lo dicho, se puede deducir que se venían ignorando un informe de Antonio de Morga, del 8 de junio de 1598, urgiendo a que se prohibiera la venta de piel de ciervo, para prevenir el exterminio de los venados.

Aunque estos dos puertos fueron poco a poco diluyéndose en el interés de los japoneses en beneficio del de Manila, poco antes del *sakoku* (1633-1639), o leyes que propiciaron el aislacionismo exterior japonés, todavía eran citados en el libro *Nippon Ikoku Tsuho-sho* (Comercio de Japón con Países Extranjeros) como Hakashina (Pangasinan), Kakayan (Cagayan) y Manyeiraku (Manila)⁵.

1.4. Los primeros japoneses de Manila

Al poco de llegar Legazpi a Cebú ya pudo informar al Rey de la presencia de chinos y japoneses en el archipiélago, y cuando Martín de Goiti llegó a Manila informó en junio de 1570 de la presencia de veinte japoneses y cuarenta chinos. En su descripción explicaba cómo, entre algunos de los que se acercaron al barco español, había un japonés que se cubría la cabeza con un gorro teatino, dijo ser cristiano y llamarse Pablo. Luego exhibió un icono en su pecho y pidió un rosario⁶. Lo lógico es que hubiera sido convertido en Japón, lo cual en este momento representaba un cierto grado de coincidencia, ya que la evangelización de Japón había empezado hacía solo veinte años. Nuevas referencias a Japón y a los japoneses se diseminan en las fuentes españolas como el informe de Diego de Artieda de 1573, basado en la información de los “moros” que tenían comercio con los japoneses ⁷.

2. Época de Hideyoshi, fundación de Dilao y primera expulsión (1584-1597)

2.1. Inicio de relaciones 1584-1589

Una segunda etapa en las relaciones con Japón se inició en junio de 1584 cuando llegó a Japón el primer barco español, que entró en el puerto de Hirado, siendo recibido por el señor feudal de la ciudad, Matsuura, quien ofreció al capitán de dicho barco la posibilidad de la apertura oficial de comercio con Filipinas. Al año siguiente Matsuura envió un barco a Manila, y a partir de entonces, varios barcos japoneses llegaron anualmente a la capital de la colonia española empezando así un pequeño asentamiento de japoneses en Manila.

2.1.1. Los primeros japoneses residentes estables en Manila (1585)

⁵ Iwao, *Early Japanese Settlers...*, p. 6

⁶ B & R, v. 3, pp. 101-102

⁷ B & R, v. 3, p. 204

Con ocasión de la llegada de los barcos de Matsuura de Hirado (1585) y de Ohmura de Nagasaki (1586), los japoneses que aún permanecían en Cagayan así como muchos de Lingayen, se desplazaron a Manila. Las primeras relaciones entre españoles y japoneses de Manila estuvieron marcadas por el recelo. Por un lugar estaban las sospechas sobre los verdaderos motivos de la llegada de barcos japoneses, ya que ello no casaba demasiado con la promulgación del decreto de expulsión de misioneros cristianos en 1587, es decir, de los jesuitas portugueses venidos de Macao. Ciertamente, el decreto no tuvo grandes consecuencias, ya que los misioneros disminuyeron sus apariciones públicas, e Hideyoshi se dio por satisfecho. Pero, las sospechas en Manila se agravaron con los dos barcos que llegaron en 1587. En el primero de ellos, perteneciente al japonés Joan Gayo, la tripulación resultó sospechosa de complicidad en una insurrección de nativos, liderada por Agustín Legazpi. Algunos fueron arrestados y, en particular, el intérprete japonés Dionisio Fernández fue ajusticiado el 13 de junio del año siguiente (1588)⁸. El segundo barco, de Matsuura de Hirado, llegó el 15 de julio con armas y provisiones. Aunque el capitán del barco llevaba un mensaje de buena voluntad de su señor Matsuura y de su hermano, cuyo nombre cristiano era Gaspar, esta vez los españoles tomaron precauciones y los 40 marineros de la tripulación fueron atendidos por la iglesia de Manila y tras acabar sus negocios se marcharon.

2.1.2. Expedición japonesa de exploración y fundación de Dilao

En 1589, fueron 30 ó 40 japoneses los que llegaron a Manila. Iban con vestimenta de peregrinos, para visitar las iglesias del país. Llevaban rosarios en el cuello y se movían con gran penitencia. Anduvieron 15 leguas alrededor de Manila y sus esteros, reconociéndolo todo. No se les molestó y se acabaron marchando. El gobernador fue de los que creyó *a posteriori* que habían venido en misión de espionaje, y con los datos que hubieran obtenido, tras contrastarlos con los de otros de los comerciantes, “se [habría] conocido en Japón la riqueza y la flaqueza de los naturales y la gente española que había para defender las Islas”⁹. Era el inicio del expansionismo de Hideyoshi¹⁰, y los españoles pensaron que también podrían ser objeto de un ataque japonés, y, en previsión de ello, Gómez Pérez Dasmariñas dio instrucciones, a principios de 1592, para preparar la defensa. Una de las medidas

⁸ B & R, v. 7, pp. 99-110

⁹ Información retrospectiva tomada de la carta de Gómez Pérez Dasmariñas al rey, del 31 de mayo de 1592.

¹⁰ Desde 1586, el soberano japonés Hideyoshi buscaba un pretexto para iniciar una aventura agresiva contra China. En 1591 recibió una embajada coreana, y aprovechó la ocasión para pedir permiso para atravesar tierra coreana en su camino a China, lo cual le fue denegado, en base a la tradicional amistad entre China y Corea. Es por ese motivo, y por la imposibilidad de atacar China por mar, que empezó por la conquista de Corea, teniendo lugar el 14 de abril de 1592. El moderno ejército japonés pronto llegó hasta Pyongyang. Pero, tras la llegada de ayuda china, y la supremacía naval coreana, que interrumpió el aprovisionamiento de las tropas, los japoneses detuvieron su avance. Y desde enero de 1593 el ejército chino-coreano recuperaba el territorio, excepto la zona costera del sur. Las negociaciones de paz que siguieron fueron en realidad un alto el fuego que duró cuatro años, en donde las tropas coreanas y chinas se retiraron de suelo coreano parcialmente (fue en estos años en que llegó a Corea el jesuita español Gregorio de Céspedes, para atender a los japoneses cristianos).

adoptadas fue congregar a todos los japoneses residentes de Manila en un barrio extramuros, el de Dilao, confiscarles sus armas y limitar su libre movilidad por la ciudad. La medida no parecía vana, a juzgar por las embajadas de Japón que llegaron a continuación a Manila.

2.2. Las primeras embajadas (1592-1594)

2.2.1. Primera comunicación (1592)¹¹

<Mayo de 1592: Primera embajada japonesa a Manila: Hideyoshi envía a Gaspar Harada ante el gobernador Gómez Dasmariñas> Hideyoshi, justo antes de su primera invasión de Corea, había firmado una carta el 4 de noviembre de 1591, en la que se reconocía superior a los españoles, y en la que exigía que se le enviaran parias. El encargado de llevar la carta fue Harada Kiyémon (también conocido como Faranda)¹². Éste intentó conseguir a través de Valignano unas cartas de recomendación para el Gobernador de Filipinas y para los padres de la Compañía de Manila, pero cortésmente le fueron denegadas. Temeroso de que fracasara su embajada fingió enfermar, con lo que envió en su lugar a su sobrino y vasallo Gaspar Harada, quien llegó a Manila el 29 de mayo de 1592, portando cuatro cartas¹³. La de Hideyoshi contenía una amenaza, o, al menos, así fue entendida por los españoles, cuando leyeron que “si no viniere una embajada de estas islas [con el correspondiente tributo de sometimiento] enviaré mi ejército a sujetarlas ... de suerte que se arrepienta esta tierra de no habérmela enviado” (Ribadeneira, p. 329). No obstante, Gómez Dasmariñas decidió devolver la embajada para explorar si las amenazas iban en serio.

<Junio de 1592: Primera embajada española a Japón: Dasmariñas envía a Fr. Juan Cobo para responder a Hideyoshi> Gómez Pérez Dasmariñas utilizó en su carta de respuesta la estrategia de no darse por aludido, y para ganar tiempo, pidió a Hideyoshi¹⁴ que a través de los padres jesuitas reescribiera la carta en portugués, para poder dar cumplida cuenta de su contenido al rey de España. El embajador seleccionado fue el dominico Juan Cobo, acompañado del capitán Lope de Llano, del chino ladino cristiano Antonio López, que era gobernador de los sangleyes, y de Juan Sami, maestro de lenguas chinas. Este séquito viajó junto al de Gaspar Harada. La comitiva llegó a Nagoya siendo bien recibida inicialmente por Harada Kiyémon, quien los llevó a presencia de Hideyoshi. A la reunión se unió el capitán Juan Solís, que estaba en Japón desde hacía dos años, y Luis, su criado, que actuó de naguatato de Juan Cobo con Hideyoshi. Lograron entenderse y éste aceptó el contenido de la

¹¹ B & R, v. 8, pp. 260-267; también en Marcelo de Ribadeneira, *Historia del Archipiélago y otros reynos*, Historical Conservation Society, XVII, Manila, 1970, p. 328-331.

¹² Harada Kiyémon aparece en las fuentes españolas como Faranda Queimon, o Paulo Harada Kiyemon, ya que había sido bautizado, aunque el P. Ribadeneira le considerase sólo cristiano nominal.

¹³ Una era de Hideyoshi (4 de noviembre de 1591), otra del Camarero de Rey (27 octubre de 1591), otra del Capitán General del Rey (octubre - noviembre de 1591) y la última del Rey de Hirado (primavera de 1592).

¹⁴ En las fuentes españolas es citado tanto Cuambaco, Kuampaku o Kwanpakundono, como Tayco, Taico o Taicosama; y finalmente como Quan-Bacuondo Taycozama. Taiko significa regente.

carta, lamentando que no hubiera ido Harada Kiyémon como había previsto¹⁵. Ahora sí que tendría que ir a llevarla personalmente.

2.2.2. Segunda comunicación (1592-1593)¹⁶

<Noviembre de 1592: Hideyoshi envía a Harada Kiyémon ante Gómez Pérez Dasmariñas> Cuando empezaron a soplar los vientos del norte se decidió ejecutar la embajada. Ahora era Harada Kiyémon en persona y su séquito quienes irían acompañados por el de Juan Cobo, pero petición de éste decidieron ir en dos barcos diferentes, yendo el sangley Antonio López con Harada. La mala suerte hizo que el barco de Cobo naufragara en el norte de Taiwán y perecieran él, el capitán Llanos y Juan Sami, que fueron asesinados por los nativos, noticia que no se verificó en Manila hasta 1595. Harada sí llegó, pero al no hacerlo Cobo, y desconocer por boca de él el resultado de la embajada, Dasmariñas decidió repetir la embajada anterior para ganar aún más tiempo.

<Octubre de 1593: Gómez Pérez Dasmariñas envía a Pedro Bautista ante Hideyoshi> Gómez Pérez Dasmariñas eligió ahora como embajador al franciscano Pedro Bautista. La embajada salió de Manila el 26 de mayo de 1593¹⁷, teniéndose el primer encuentro con Hideyoshi en el mes de octubre, en Nagoya, cerca de Hirado. La inicial actitud amenazante del shogun pidiendo el vasallaje de Manila fue apaciguándose, e incluso ofrecía a los franciscanos un lugar de residencia en Meaco (Kyoto), lo cual podía interpretarse tanto como un cambio de actitud hacia los misioneros como una estrategia política, a la espera de tomar decisiones. Por su parte, Pedro Bautista consideró que había conseguido un triunfo cuando en enero de 1595 Hideyoshi le ofreció la firma de un pacto de amistad entre las dos naciones, a la vez que le invitaba a visitar el corazón de Japón, Kyoto y ciudades próximas. Sus informes a Manila reflejaban optimismo pues en dicho pacto el shogun renunciaba a actuaciones ofensivas e incluso se ofrecía como protector de los franciscanos¹⁸.

2.2.3. Tercera comunicación (1594)¹⁹

<Primavera de 1594: Soh-jin Hoh-ghén Haséwaka envía un mensaje a Gómez Pérez Dasmariñas> Soh-jin Hoh-ghén Haséwaka, señalaba que en atención al continuo comercio habido entre los dos países no se enviaría ninguna expedición militar a las Filipinas, por el contrario, se mantendría el comercio; y, en efecto, en 1594 tres barcos de Satsuma (Kyushu) llegaron a Luzón²⁰.

¹⁵ No obstante, el P. Concepción considera que la entrevista no fue tan cordial y que Hideyoshi insistió en sus amenazas, pero la interesada traducción que hiciera Harada Kiyémon les habría dado esa falsa impresión de avenencia. Véase Fidel Villarroel, *Shih Lu o Apología de la verdadera religión*, UST Press, Manila, 1986, p. 35.

¹⁶ B & R, v. 9, pp. 23-57; también en Ribadeneira, *Op. cit.*, pp. 331-339.

¹⁷ Con Pedro Bautista iban otros tres franciscanos Bartolomé Ruiz, Francisco de la Parrilla y Gonzalo García, que conocía la lengua japonesa, así como otros españoles. Salieron en dos barcos diferentes, que se dispersaron llegando, después de más de un mes de navegación, el uno a Hirado y el otro a Amakusa.

¹⁸ AGI, Filipinas 29, ramo 4, número 92

¹⁹ B & R, v. 9, pp. 122-136

²⁰ Iwao, *Early Japanese Settlers...*, p. 10

<Verano de 1594: Luis Pérez Dasmariñas envía al franciscano Jerónimo de Jesús ante Hideyoshi> Jerónimo de Jesús viajó a Japón en el verano de 1594 con una carta para Hideyoshi del nuevo gobernador en funciones de Filipinas, Luis Pérez Dasmariñas. Jerónimo de Jesús, una vez establecido en Japón, escribía desde Nagasaki, a principios de 1595, al también franciscano Francisco de las Misas, a quien decía que en Saxuma había nuevamente gran interés por ir a la conquista de Manila²¹.

2.3. La colonia japonesa de Dilao e incidente del “San Felipe” (1597)

Lo más llamativo es que durante este periodo de negociaciones la población japonesa de Manila se multiplicó exponencialmente. Como dijimos, el crecimiento había empezado lentamente en 1585 cuando algunos de los japoneses de Cagayan se desplazaron a Manila. En un documento del 1 de junio de 1593, se señala que la colonia de japoneses era ya de 300 personas (a las que había que añadir 50 más con la misión enviada por Hideyoshi). Dos años después, en 1595, según otra carta de Francisco de Misas al rey, la colonia japonesa de Manila llegaba a 1.000 personas, su momento de máximo esplendor hasta entonces. Una descripción de las condiciones del viaje y del comercio la ofrecía Antonio de Morga en sus *Sucesos de las Islas Filipinas*:

“De Japon vienen asimismo cada año del puerto de Nangasaqui, con los nortes del fin de octubre, y por el mes de Marzo, algunos navíos de mercaderes Japones y Portugueses, que entran y surgen en Manila, por la misma orden; la gruesa que traen es harina de trigo, muy buena para el abasto de Manila, cecinas estimadas, algunas sedas tejidas de matices, curiosas, biobos al olio, y dorados, finos y bien guarnecidos, todo genero de cuchillería, muchos cuerpos de armas, lanzas, catanas y otras visarmas, curiosamente labradas, escritorrillos, cajas, y cajuelas de maderas, con barnices y labores curiosas, y otras brujerías de buena vista, peras frescas muy buenas, barriles y balsas de buen atun salpesado, jaulas de calandrias muy buenas, que llaman fimbaros, y otras menudencias. En esto se hacen también algunos empleos, sin que se cobren derechos reales destos navíos, y lo mas se gasta en la tierra, y dello sirve para cargazones á la Nueva España; el precio es lo mas en reales, aunque no los cudician como los Chinas, por tener plata en Japon, y de ordinario se trae por mercadería cantidad Della en planchas, que la dan á precios acomodados. Vuelven a Japon estos navíos en tiempo de vendavales, por los meses de Junio y Julio; llevan de Manila sus empleos, hechos en seda cruda de la China, en oro y en cueros de venado, y en palo brasil para sus tintas; y llevan miel, cera

²¹ AGI, Filipinas 29, ramo 4, número 92

labrada, vino de palmas y de Castilla, gatos de algalia, tibores para guardar su Cha, vidrios, paño y otras curiosidades de España.²²

Pero en este momento se produce un vuelco en las relaciones hispano-japonesas, pues durante los años 1595 y 1596 los japoneses suspendieron sus viajes, y además en este último año tuvo lugar el incidente del “San Felipe”²³. Como es conocido en 1596 el galeón “San Felipe” cuando volvía a Acapulco naufragó en Japón, y lo que al principio pudo haber sido sólo un desafortunado episodio, se convirtió en un auténtico incidente, motivado aparentemente por las declaraciones inoportunas de uno de los marineros a bordo (acerca de una supuesta táctica conquistadora que iría precedida de la labor de los misioneros), así como por la avaricia del shogun. La carga fue confiscada, las misiones se pusieron bajo sospecha y se produjo la primera gran persecución de cristianos en Japón en 1597. El impacto en Manila de estos martirios fue grande. Desde el punto de vista religioso se creó una fuerte polémica. Los jesuitas hablaban de conducta imprudente de los franciscanos, y éstos, enojados, celebraron en Manila los martirios como algo ejemplar. Algunos jesuitas se opusieron a dichas celebraciones señalando que se había entrado en contra del *motu proprio* de Gregorio XIII, y por tanto sostenían que, en realidad, los llamados mártires estarían excomulgados. Desde un punto de vista político, un nuevo temor de invasión japonesa recorrió la colonia, dado que Hideyoshi había retomado con gran ímpetu su actitud belicosa hacia Corea²⁴, y tarde o temprano su expansionismo podría afectar a Manila. Así pues, la reacción de Manila de prepararse para la defensa fue triple, por un lugar se envió una embajada para pedir explicaciones por los martirios, recoger las reliquias²⁵, etc., y, de paso, enterarse de cómo estaban los ánimos militaristas de Hiseyoshi. En segundo lugar se exploró la isla de Taiwán para ocupar eventualmente alguna posición en el norte de la isla desde la que contener inicialmente a los japoneses. Por último, se tomó la medida preventiva de deportar a la mayor parte de japoneses de la ya floreciente colonia japonesa, que ese año de 1597 había llevado a Manila 6 barcos²⁶. Fue ésta la primera expulsión de las tres que hubo, y el asentamiento japonés ya no se rehizo hasta 1603 en que volvió a contar con 500 emigrantes.

²² Antonio de Morga, *Sucesos de las Islas Filipinas*, Mexico, 1609 (reimp. Manila, 1961), pp. 354-355.

²³ Véase Juan Pobre de Zamora, *Historia de la pérdida y descubrimiento del Galeón “San Felipe”*, Institución Gran Duque de Alba, Excma. Diputación Prov. de Ávila, 1997; también en Ribadeneira, *Op. cit.*, pp. 418-424.

²⁴ Al no haber ningún acuerdo de paz en la primera invasión japonesa de Corea, Hideyoshi ordenó, a finales de 1596, una segunda invasión, que tuvo lugar el 15 de enero de 1597, llevando 140.000 soldados, siendo esta contienda más sangrienta que la anterior. La guerra no acabó por negociaciones de paz, sino por la muerte del belicoso Hideyoshi, con lo cual la guerra dejó de tener sentido. Los japoneses se retiraron, a la vez que sufrían una derrota en noviembre de ese año.

²⁵ Ribadeneira, p. 504

²⁶ Iwao, *Early Japanese Settlers...*, p. 32

3. Ieyasu o la recuperación de una normalidad precaria (1598-1613)

En esos años de transición, por la guerra civil que había en Japón y que concluyó en la batalla de Sekigahara, el comercio japonés con Manila floreció. Aunque no hubo llegado a Manila ningún barco japonés en 1598, en 1599 llegaron 9, además de 7 más pequeños, sin licencia; en 1600, llegaron 2 (uno de Shichizayémon Yamashita), pero podían haber sido hasta 5, pues 3 de ellos se perdieron en el viaje; en 1601, llegaron 5 (uno de Kizayémon de Satzuma); y en 1602, llegaron 2 (uno de nuevo de Kizayémon, y el otro de Shichiro) ²⁷. Los misioneros buscaban caminos para tratar con estos posibles conversos, por ejemplo, sabemos que el rector del colegio de los jesuitas de Manila, Ribera, pedía a Valignano algún sacerdote nativo para predicar a los japoneses, pero solamente le fue enviado el escolástico Ota Augustino, que estuvo en Manila entre 1599 y 1602²⁸.

3.1. Segunda época de embajadas (1600-1603)

3.1.1. Primera comunicación (1601)

<Ieyasu ²⁹ envía a Jerónimo de Jesús ante el gobernador Francisco Tello> Ieyasu, intentando mejorar las relaciones comerciales con Luzón, envió a Jerónimo de Jesús que ya llevaba unos años residiendo en Japón, con un mensaje para el Gobernador Francisco de Tello en donde solicitaba comerciar con Nueva España. Esto es importante ya que es la primera vez que se registra este interés japonés por el comercio con Nueva España, y que concluirá doce años después con la famosa embajada de Hasekura en 1613, aunque de hecho no tuvo ninguna trascendencia.

<Primavera de 1601: Francisco Tello envía a Jerónimo de Jesús de vuelta ante Ieyasu> El 26 de mayo de 1601 salió de Manila el Jerónimo de Jesús con la respuesta del Gobernador. Iba acompañado por Pedro Burguillos y Gómez de San Luis. Llegaron a Firando (Hirado), y se avisó a Ieyasu que estaba en Fuxime (Satsuma) a una legua de Meaco. Entregaron a Ieyasu la carta del Gobernador Francisco de Tello favorable a los intereses de Ieyasu, a quien Fray Jerónimo tuvo ocasión de ver muchas veces; e incluso obtuvo permiso para edificar iglesia en Satsuma. No obstante murió mientras esperaba la respuesta. Ésta fue recibida por Pedro Burguillos, justo antes de que Ieyasu abandonara esta ciudad.

3.1.1. Segunda comunicación (1602)

<Febrero de 1602: Ieyasu envía a Burguillos, acompañado de algunos japoneses, ante Pedro de Acuña> Ieyasu preparó una nueva embajada para concretar su propuesta comercial. Así pues, Burguillos se embarcó para Manila en febrero de 1602, acompañado de algunos japoneses. Todos fueron recibidos en Manila por el

²⁷ Iwao, *Early Japanese Settlers...*, p. 32

²⁸ J. F. Moran, *The Japanese and the Jesuits. Alexandro Valignano in sixteenth-century Japan*, Routledge, London, pp. 155-157.

²⁹ También llamado en las fuentes españolas Daifusama

nuevo gobernador, Pedro de Acuña, quien con ayuda de un naguatato recibió cortésmente a la comitiva. Ieyasu, en su carta indicaba en primer lugar que había implantado el sistema *suinsen* de licencias (o barcos de sello rojo), y que, siguiendo el deseo de Francisco Tello, no había dado licencia a más de cuatro barcos anuales para ir a Manila; añadía, por tanto, que no había obligación por parte de los españoles de recibir a aquellos que no la llevaran, y que él actuaría recíprocamente, no recibiendo a los barcos españoles que no llevaran chapa o licencia de Manila. En segundo lugar ofrecía ayuda a los navíos que yendo a la Nueva España, la necesitasen al pasar por las costas de Japón. Por último, Ieyasu insistía en que deseaba tener comunicación con la Nueva España, cosa que había pedido, pero que de ello aún no había recibido respuesta. Burguillos, comentando la reacción del Gobernador Pedro de Acuña, decía que “en todo procuraría dar gusto al Emperador y favorecer con muchas veras este viaje y conversión”.

<Mayo de 1602: Pedro de Acuña envía a algunos religiosos con su respuesta a Ieyasu> En mayo de 1602, según una carta de los franciscanos:

“[Acuña] despachó en los navíos de Japón la respuesta de la carta y [la] envió con muchos favores y regalos para el Emperador y religiosos de nuestra orden y de Santo Domingo y San Agustín... Y últimamente, para cumplir con los deseos del Emperador, envía un navío a los reinos del Emperador del Kanto; en el cual vamos tres religiosos de nuestro hábito, dos sacerdotes y yo, el tercero; cosa que para el Emperador ha de ser la mayor lisonja y mayor favor y presente que puedan enviarle de estas islas, porque sobre toda pretensión o interés desea la comunicación con los españoles en aquellos reinos suyos del Kanto. En los cuales, en lo mejor que les pareciere a los españoles, dice [que] les dará tierras y seguro en que vivan como en Manila. Confío en Nuestro Señor que con este navío en que ahora vamos y estos españoles que allá van a contratar, ha de ser medio para que públicamente se predique la fe en Japón”³⁰.

No había respuesta sobre lo que más interesaba al shogun, el comercio con Nueva España, entre otras cosas porque el gobernador de Manila no tenía autoridad para concederlo; pero el comercio entre los dos archipiélagos, ciertamente, se fue ajustando al plan inicial y las licencias concedidas a los *suinsen*, no excedieron la cantidad señalada, registrándose el siguiente trasiego³¹:

1604	1605	1606	1607	1608	1609	1610	1611	1612	1613
4	4	3	3	0	3	2	1	0	1

Sin embargo contrasta el optimismo de los religiosos con la política de represión del cristianismo que tuvo lugar desde 1600 hasta la orden de expulsión de 1614, y

³⁰ Biblioteca del Palacio de Oriente de Madrid, Manuscritos II, legajo 767, ff.1-14

³¹ Iwao, *Early Japanese Settlers...*, p. 13

que produjo los siguientes mártires: 1 en 1600, 6 en 1603, 102 en 1605 (en la represión de este año un vasallo del *daimio* de Yamaguchi con toda su familia y servidumbre fue decapitado por orden del *daimio*), 2 en 1607, 1 en 1608, 7 en 1609, 8 en 1610 y 5 en 1612.

3.2. Ayuda militar japonesa en la masacre de chinos de 1603

Los japoneses de Manila colaboraron varias veces con los españoles en sus acciones militares. Así el 18 de enero de 1596 un grupo de japoneses se unió a la expedición de Gallinato para reforzar la guarnición de Camboya, en donde se distinguieron por su bravura. En 1598, cuando Luis Pérez Dasmariñas condujo otra expedición a Camboya, también se llevó a un grupo de japoneses; pero, sin duda, donde destacaron fue en la ayuda que prestaron al reprimir el levantamiento sangley de 1603. Especialmente cuando el día 20 de octubre, se formó un destacamento en Manila, a base de españoles, japoneses, y 1.500 indios pampangos y tagalos, que fueron a perseguir a los chinos huidos al pueblo de San Pablo³².

Una descripción contemporánea y muy favorable de los japoneses en Dilao la ofrece nuevamente Antonio de Morga:

“Suele haber en Manila Japoneses cristianos é infieles, que quedan de los navíos que vienen de Japon, aunque no tanta gente como Chinas. Estos tienen poblazon y sitio particular, fuera de la ciudad, entre el Parián de los Sangleyes, y el barrio de Laguio, junto al monasterio de la Candelaria, donde los administran religiosos descalzos de San Francisco, con lenguas que para ello tienen; es gente briosa y de buena disposición y valientes, con su hábito particular: que son quimones de sedas de colores y de algodón hasta media pierna, abiertos por delante, calzones anchos y cortos, botillas justas de gamuza, el calzado como cendalias, la suela de paja bien tejida, la cabeza descubierta, rapada la mollera hasta la coronilla, y el cabello detras largo, atado al cerebro, con una lazada de buena gracia, con sus catanas grandes y chicas en la cinta, poca barba, gente de noble condicion y proceder, de muchas ceremonias y cortesías, con mucho punto de honra y estimacion, determinados para cualquiera necesidad y trabajo. Los que son cristianos prueban muy bien, y son muy devotos y observantes de la religión, porque no les mueve á recibirla, sino el deseo de salvarse, de que hay muchos cristianos en Japon; y así se vuelven con facilidad y sin resistencia á su tierra; cuando mas hay de esta nacion en Manila (que a otra parte de las islas no acuden) serán quinientos japoneses, y por ser de

³² José Eugenio Borao, "The massacre of 1603: Chinese Perception of the Spaniards in the Philippines", *Itinerario*, first semester of 1998. Hubo más ayudas militares, como la de 1615, en que 500 japoneses se alistaron en la expedición que Juan de Silva organizó contra los holandeses en el estrecho de Malaca; además, simultáneamente los holandeses llegaron a asediar Manila, y para hacerles frente se improvisó una flota con 500 españoles, 700 japoneses y pampangos.

la calidad que son, se vuelven á Japon, sin detenerse en las islas, y así quedan de ordinario muy pocos en ellas; háceseles en todo buen tratamiento por ser gente que lo requiere, y conviene así, para el buen estado de las cosas de las islas con Japon”.³³

Pero esta imagen pronto quedó desfasada tras las sublevaciones de japoneses que tuvieron lugar en Manila. La primera en 1606, en la que aprovechando la ausencia del gobernador Acuña, que estaba en la expedición en las Molucas, los japoneses se alzaron para protestar por un decreto de la Real Audiencia que disponía de su expulsión del país. El motín fue calmado por los españoles, gracias a los esfuerzos del jesuita Pedro de Montes y un franciscano de la iglesia de Dilao que les persuadieron a resolver el asunto de modo amigable. Pero poco después murió el gobernador y la Audiencia asumió el mando temporalmente, con lo que acordó al menos someter a los japoneses a la prestación personal que ya obligaba a chinos y a nativos filipinos³⁴. Eso hizo que otras sublevaciones tuvieran lugar en 1607 y en 1608. En ésta última hubo enfrentamientos muy duros en los que casi se destruyó la población de Dilao, y prácticamente los japoneses desaparecieron por el segundo destierro que tuvo lugar, tarea que el gobernador encomendó al oidor De la Vega.³⁵

El nuevo gobernador de Filipinas, Juan de Silva, respetó el acuerdo de la Real Audiencia de impedir a los japoneses residir en el país, pero al mismo tiempo viendo la importancia del comercio con ellos promulgó una ley que autorizaba el comercio siempre que se diera una mayor importancia a los barcos salidos de Filipinas, en vez de que dependiera solamente de los barcos japoneses. Ésta política ciertamente era contraria a la que se practicaba con los chinos, a quienes se les permitía establecerse³⁶. En cualquier caso, la colonia japonesa se fue rehaciendo poco a poco.

3.3. Vivero de Velasco (1608-1610) y el incidente del “San Francisco” (1609)

3.3.1. Nueva embajada (1608)

<Verano de 1608: Vivero y Velasco se dirige a Ieyasu Tokugawa > El recién llegado gobernador Rodrigo de Vivero y Velasco, como responsable último de la expulsión que acababa de suceder en 1608, escribió a Ieyasu Tokugawa el 9 de julio

³³ Morga, *Sucesos*, pp. 367-368.

³⁴ Antonio Molina, *Historia de Filipinas*, vol. 1, I.C.I., Madrid, 1984, p.105.

³⁵ Valga la pena señalar algo que ocurrió en este contexto, y que sugiere alguna relación entre los japoneses y chinos de Manila. Según una carta de Richard Cooks del 25 de febrero de 1616, fue en estas fechas de 1607-1608 (según Cooks, 9 años antes de su carta) cuando Andrea Dittis (el “wokou” Li Tan, líder de los chinos de Manila), tuvo una disputa con los españoles que querían apropiarse de 40.000 taeles que Dittis tenía, con lo que fue puesto en galeras. Dittis logró escapar y emigró a Hirado, en donde pronto se hizo el jefe de la comunidad de mercaderes chinos de esta ciudad de Japón. (William Foster, *Letters received by the East India Company from its servants in the East*, vol. IV, London, 1900, p. 54) Posteriormente, desde allí, creó un imperio mercantil con base en Taiwán, que heredó su lugarteniente Iquam, y luego el hijo de este, Koxinga.

³⁶ *Ibid.*, p.108

de 1608 para informarle de los levantamientos japoneses, comunicarle que todos ellos habían sido deportados, decirle que, no obstante, los mercaderes y otros emigrantes de buena fe serían aceptados, y pedirle que en lo sucesivo, cuando autorizara dichos viajes de japoneses a Manila, los limitase sólo a mercaderes y a marineros ³⁷.

<Verano de 1608: Ieyasu Tokugawa responde a Vivero y Velasco> Ieyasu, que en ese momento estaba promoviendo comercio pacífico con los países vecinos, evitando roces, contestó el 6 de agosto de 1608 diciendo que autorizaba a Vivero y Velasco para que todos los japoneses que estuvieran provocando levantamientos en Filipinas fueran ejecutados. Este comunicado fue puesto en lugares públicos donde residían japoneses para anunciarlo.

3.3.2. Inesperado encuentro (1609)

Cuando en 1609 Rodrigo de Vivero y Velasco volvía a México, tras su breve mandato de Gobernador, el galeón "San Francisco" en el que viajaba naufragó en las costas de Japón, permaneciendo allí por espacio de un año (desde septiembre de 1609 hasta agosto de 1610), con lo que no le quedó más remedio que seguir negociando con Ieyasu, ahora en persona³⁸. Éste le encargó solicitar de Nueva España 50 mineros para poder explorar debidamente los yacimientos japoneses. Vivero se entusiasmó tanto con este deseo que prometió hacer saber al rey la necesidad que sentían, para enviarles no sólo los 50 mineros pedidos, sino hasta 200, a cambio de obtener los españoles que fueran a trabajar el 50%, quedando el otro 50% para dividir en dos mitades entre el gobierno japonés y el rey de España³⁹.

Vivero tras regresar a Nueva España, en noviembre de 1610, logró convencer al virrey Velasco de la riqueza argentífera que debía haber en Japón, y le presentó algo *tan contante y sonante* que Velasco decidió enviar a España al padre Alonso Muñoz para continuar la negociación con el rey. Mientras tanto, despachó como embajador, en marzo de 1611, a Sebastián Vizcaíno, para devolver a su tierra a los mercaderes japoneses que había embarcado Vivero y, de paso, para descubrir las islas Rica de Oro y Rica de Plata, que desde hacía años se decía existían en el Pacífico, camino al Japón, y que también podrían servir de escala en el viaje del galeón ⁴⁰. Vizcaíno llegó a Japón en junio de 1611, sin encontrar las deseadas islas, y allí visitó varios puertos, como Osaka, Miyako, etc., de los que levantó planos. La negociación fracasó,

³⁷ Carta de Rodrigo de Vivero y Velasco al rey, el 8 de julio de 1608.

³⁸ La estancia y las connotaciones del paso por Japón de Rodrigo de Vivero han sido analizadas, entre otros, en Josef Franz Schütte, "Don Rodrigo de Vivero de Velasco y Sebastián Vizcaíno en Japón (1609-1610)", y en Arcadio Schwade, "Las primeras relaciones entre Japón y México (1609-1616)", ambos trabajos presentados en el XXX Congreso Internacional de Ciencias Humanas en Asia y África del Norte (México, 1976), y publicados en *La expansión Hispanoamericana en Asia, siglos XVI y XVII*, México, FCE, pp. 96-122, y 123-133 respectivamente.

³⁹ Vivero escribió una interesante relación de su estancia forzosa en Japón, que al decir de Demetrio Ramos "fue capaz de despertar tantas fantasías, y de sustituir la áurea ilusión de un rico país americano, pendiente de descubrir, por las metas del Extremo Oriente". Véase "Mentalidades e ideas en la América de la época", *Historia General de España en América*, vol. IX-I, Rialp, Madrid, 1985, p. 506.

⁴⁰ Véase Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, pp. 142-147.

al igual que una nueva búsqueda de dichas islas en 1612. Tras naufragar de nuevo en las costas japonesas regresó por fin a Nueva España, en 1613, en el “San Juan Bautista”, galeón construido en Japón, que se llevó a la famosa embajada de Hasekura y Luis Sotelo.

4. Época de persecuciones (1614-1624)

4.1. Destierro de japoneses cristianos y fundación de San Miguel

El shogunato Tokugawa tras algunas vacilaciones incrementó la presión sobre el cristianismo. Así el 23 de diciembre de Keicho (1613), apenas tres meses después de la partida de la misión Hasekura, Ieyasu ordenó a su asesor político Konjiin Suden redactar el decreto de expulsión de los cristianos, que fue publicado al año siguiente en forma de edicto, en el que básicamente se señalaba que el cristianismo era enemigo de budismo y del shintoísmo, y que causaría graves daños por lo que había que prohibirlo y perseguirlo con la muerte ⁴¹.

Así, en septiembre de 1614 el shogunato envió oficiales de Edo (Tokio) a Nagasaki para ejecutar dicha ley. En consecuencia, 300 cristianos, entre misioneros y fieles de todo Japón fueron concentrados en dicho puerto de mar y deportados en dos barcos a Macao y en un tercero a Manila, cuyo capitán era Esteban de Acosta y que zarpó de Nagasaki el 8 de noviembre de 1614. En este barco había 33 religiosos y un centenar de laicos, entre los que se encontraban los afamados nobles Ukon Takayama (Justo Ucondono), Yokuan Naito (Naitodono Juan) y sus familias, así como unas mujeres consagradas que formaban el Colegio de Señoras Recogidas y Consagradas a Dios, que los jesuitas tenían en Meaco. Antes de llegar a Manila el 21 de diciembre de ese año, varios pasajeros murieron a causa de la fuerte tempestad que les acompañó en el viaje⁴². El padre jesuita Ledesma nos cuenta así el recibimiento de Ukon Takayama (Ucondono) en Manila:

⁴¹ “Los seguidores de Cristo, llegados imprevistamente en Japón, no solamente vienen trayendo mercancía en sus naves, sino también, sin permiso alguno, han extendido y propagado su malvada ley, destruyendo aquella buena y legítima y conspirando para derrocar el poder en nuestro país. Esto es el inicio de una gran calamidad, que con todo medio es necesario evitar. El Japón es un país sintoísta y budista, que venera a los Dioses, honra a Buda y tiene en gran estima el camino de la benevolencia ... Los seguidores de los Padres han desobedecido todos a las órdenes dadas por gobierno, despreciando la religión y destruyendo el bien ... Viendo aquellos que deben ser ajusticiados (los mártires) se alegran y corren detrás de ellos, espontáneamente, los adoran y los saludan. Tal es el supremo ideal de esta religión. Si no se la prohíbe inmediatamente, vendrán calamidades sin fin sobre el Estado. Que estos cristianos sean exterminados sin demora en todas las regiones del Japón, de forma que no tengan lugar donde poner sus pies o sus manos. Si alguno se atreviera a contravenir esta orden, sea castigado con la muerte”.

⁴² Fueron desterrados Justo Ucondono, con su mujer, hija y nietos, y de Juan Naitodono, “una de las mas antiguas y nobles familias de Japón, con su familia, así como quince mujeres honradas que vivían en Mecao, recogidas en congregación ... cuya cabeza era Julia, hermana de Naytodono”. Francisco Navas del Valle; Pablo Pastells. *Catálogo de los documentos relativos a las Islas Filipinas existentes en el Archivo de Indias de Sevilla. Precedido de una Historia General de Filipinas*, Compañía General de Tabacos de Filipinas, Barcelona, 1932-1935, vol. IV, p. ccxlvii.

“Luego que la galera en que venía llegó a las playas delante de las casas del Señor Gobernador, salió toda la tierra al espectáculo, deseando ver un hombre de quien tantas cosas se decían ... Subido a donde el señor gobernador, con los oidores de la Audiencia y lo más granado de la ciudad, lo estaban esperando. El señor gobernador se fue a él con los brazos abiertos a recibirlo... e hizo luego aprestar su carroza para que viniese en ella con sus cinco nietos hasta nuestro colegio donde había de comer ⁴³.

Ucondono enfermó y murió dos meses después de llegar, pero el otro líder de la expedición, Yokuan Naito, fundó con la ayuda de las autoridades de Manila un nuevo asentamiento de japoneses, que fue conocido como San Miguel, y en el que se creó un nuevo convento con el grupo de mujeres consagradas, así como un lugar de formación para jóvenes seminaristas, para que años después volvieran a Japón, como así sucedería. La localización de San Miguel no parece muy clara, aunque podría corresponder al pequeño distrito cercano a Dilao, al sur del río Pasig, que se menciona en la *Descripción de las Islas Filipinas* de Ignacio de Paz (1658).

4.2. Lope de Vega y el *Triunfo de la fee en los reynos de Japon* (1617)

Los frailes estaban temerosos de la interpretación que pudiera darse en Manila a esta última serie de martirios acompañados de deportación. Además la situación se había agravado, ya que una de las consecuencias de la deportación fue lo que se llamó el “cisma de Nagasaki” por el que gran parte del clero nativo y muchos de catequistas que habían recibido instrucción por los jesuitas se pusieron al lado de los frailes en la disputa de quién debería suceder al obispo Cerqueria. Aunque ahora el *motu proprio* de Gregorio XIII ya no estaba en vigor (pues había sido suspendido en 1604), esta vez no querían que se repitiera la situación de vulnerabilidad ante la crítica en la que habían estado durante la persecución de 1597, y vieron la importancia en imitar a los jesuitas en el arte de divulgar y justificar su trabajo misionero para ganar protección tanto en España como en Roma. Los jesuitas a través de sus “cartas anuales”, que eran re-escritas para ser publicadas, habían logrado un canal de publicidad que los frailes echaban en falta. Para encarar este problema, los dominicos pensaron en Lope de Vega, el mejor escritor de la época en España, o al menos al más popular, para que contara la relación de estos últimos martirios de 1614. Según los estudios de Cummins ⁴⁴, Lope recibió en el verano de 1617, una carta-relación del dominico Jacinto Orfanel, fechada en Japón el 28 de marzo de 1615. Tras llegar ésta a Madrid, probablemente se la entregaron a través de Pedro Fernández de Navarrete. En esta obra escrita en prosa, Lope cuenta –siguiendo principalmente la narración de Orfanel– “las persecuciones de Arima, Arie y Cochintzu” de noviembre de 1614 y enero de 1615. Podría decirse que

⁴³ Navas & Pastels, IV, p. ccliii.

⁴⁴ J. S. Cummins (ed.) *Lope de Vega: Triunfo de la Fee en los Reynos de Japon*, Tamesis, London, 1965.

los frailes finalmente triunfaron en su causa cuando, pocos años después, en 1627, el Papa Urbano VIII beatificó a este grupo de mártires.

4.3. Incidente con la Flota de Defensa anglo-holandesa (1620)

A las amenazas japonesas no hay que olvidar la de los regulares bloqueos holandeses de Manila, que en 1619, los empezaron a hacer en cooperación con los ingleses. En dicho bloqueos valía todo, incluso la delación en Japón de los misioneros. Ciertamente, en 1619, los Holandeses e Ingleses habían llegado a un acuerdo de cooperación contra Portugueses y Españoles mediante el cual formaron una, así llamada, Flota de Defensa con la intención de intensificar el bloqueo estacional que los holandeses venían haciendo a Manila y Macao. En la primera de sus actuaciones, en 1620, la flota tras bloquear Macao se dirigió a Japón antes de que el monzón se volviese en su contra. Tras dejar Taiwán al Sur se encontraron con el junco de un cristiano japonés llamado Joaquín Díaz Hirayama, que se había comprometido a llevar desde Macao hasta las playas de Japón al dominico Luis Flores y al agustino Pedro de Zúñiga, a condición de que éstos ocultasen tajantemente su carácter sacerdotal. Uno de los barcos ingleses de la flota capturó el junco y, por tanto, a los dos españoles. Los captores sospechaban que eran misioneros y cuya denuncia e identificación en Japón les valdría no sólo la recompensa del barco capturado, sino un afianzamiento de su posición. Los misioneros ocultaron bien su identidad, y la prueba es que leyendo las fuentes holandesas vemos cómo sospechaban que eran jesuitas⁴⁵. Una vez en Japón, los holandeses se esforzaron cuanto pudieron por arrancar una confesión a los misioneros. También el *daimio* de Hirado y el gobernador de Nagasaki tomaron cartas en el asunto. Una delación en el juicio obligó a Pedro de Zúñiga a revelar su condición⁴⁶, lo que supuso que se arrestara también al capitán Hirayama, y a su tripulación, así como que los holandeses se adjudicaran el junco, como premio de su captura. La mala suerte siguió acompañando a los misioneros, y fue aun más adversa cuando dos años después el dominico Luis Flores logró escaparse y, otra vez por obra de los holandeses fue re-capturado. Consiguientemente, se procedió a un castigo ejemplar y los misioneros, el capitán Hirayama y otros más murieron quemados el 20 de agosto de 1622⁴⁷.

4.4. Crecimiento exponencial de japoneses en Manila

⁴⁵ Paul van Dyke, “The Anglo-Dutch Fleet of Defense (1620-1622). Prelude to the Dutch Occupation of Taiwan”, *Around and about Formosa*, Ts’ao Yung’ho Found. for Culture and Education, Taipei, 2006, pp. 69.

⁴⁶ Estas noticias concuerdan con el diario de Cooks. Según Cooks (que, no obstante, sitúa el incidente en 1618) la persona que delató a Zúñiga fue el hijo mayor del citado “wokou” Li Tan, Agustín, quien —recién vuelto a Nagasaki de un viaje a Manila— señaló que en esta ciudad había tenido relación con Zúñiga. Véase, Seiichi Iwao, *Li Tan, Chief of the Chinese Residents at Hirado, Japan, in the Last Days of the Ming Dynasty*, The Tokio Bunko, Tokio, 1958, p. 40.

⁴⁷ Pablo Fernández, *Dominicos donde nace el Sol*, UST, Manila, 1958, pp. 88-89.

En 1615 el número de japoneses alcanzaba los 1.500, para hacer decrecer este número el Gobernador Juan de Silva les ofreció alistarse en la campaña que había iniciado ese año contra los holandeses con el objeto de echarlos de las Molucas, medida a la que se acogieron 500 japoneses. En febrero de 1616, los quince barcos de la flota se enfrentaron con los holandeses en Malaca, y, tal como señala Antonio Borraco:

“[Había] quinientos japoneses se habían unido a la flota tras ser bien pagados. Un español era su comandante y el encargado de darles instrucción militar. No obstante, se prohibió a los japoneses desembarcar cerca de Singapura por presuponérseles mala fe. [Pero así lo hicieron y] entonces se fueron a Siam y otros países desde allí. Finalmente se volvieron a Japón”⁴⁸.

A pesar de la desaparición de estos japoneses, la colonia siguió creciendo. El recién llegado gobernador, Alonso Fajardo, señalaba al rey el 18 de diciembre de 1618:

“En estas Islas Filipinas se está en continua invasión de enemigos, pues como frontera de tantas, es necesario [que] éstas siempre [estén] en defensa ... mayormente estando Manila rodeada de Chinos y Japoneses y llena de esclavos, que unos y otros para alzarse no han menester mas que vernos sin prevención”⁴⁹.

En 1619 la población llegaba ya a casi los 2.000⁵⁰, y se temía que de seguir creciendo podría haber nuevos levantamientos. Así, el Gobernador General declaraba el 29 de Mayo de 1620 que el número residentes chinos no debía exceder de 5.000 y el de japoneses de 3.000, de lo contrario sería una fuerte negligencia. No obstante, se invocaba una cierta tolerancia con los japoneses “por la necesidad de mantener el comercio y la amistad con Japón”. Este comentario nos indica que este año se estaría ya a las puertas de los 3.000 japoneses. Un año después ya habría alcanzado esa cifra pues el 31 de diciembre de 1622 una nueva orden repite la conveniencia de mantener controlado el crecimiento de los japoneses; pero, de hecho, en la carta de un japonés que había estado en Manila, fechada el 31 de diciembre de 1623, se señalaba que la colonia de japoneses de Manila excedía ya de los 3.000.

Este proceso generaba razones para la reticencia, pues los emigrantes en Manila fácilmente podían ir a trabajar en flotas holandesas, como ocurrió con grupos de japoneses en 1619 y 1623⁵¹. Según Iwao, estas medidas que pretendían limitar su presencia debieron comentarse entre los colonos japoneses de modo exagerado e interpretadas por los mercaderes japoneses que volvían a Japón como el inicio de

⁴⁸ Antonio Borraco,

⁴⁹ Navas & Pastels, VII-1, p. cxc.

⁵⁰ Hernando Ríos en sus Recomendaciones para la reforma de Filipinas, B & R, v. 18, p. 308

⁵¹ Iwao, *Early Japanese Settlers...*, p. 26

una situación de hostilidad y acoso, cuando no de una prohibición encubierta de comercio con Japón⁵². La reticencia era mutua, aunque de otra índole por parte de los japoneses. Un ejemplo de ello podría mostrarlo la llegada, en 1623, de los primeros religiosos recoletos, Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio, que salieron de Manila disfrazados de mercaderes. Tras una accidentada travesía llegaron a Japón, en donde también sufrieron penalidades⁵³.

Una extraña contradicción se registra en este periodo, por un lado no se puede decir que los barcos japoneses con licencia (*suinsen*) que llegaron a Manila en estos años fueran muchos...

1614	1615	1616	1617	1618	1619	1620	1621	1622	1623
4	5	0	1	3	1	1	4	1	1

... y, por otro, vemos que la población japonesa creció mucho entre 1616 y 1623. Esto sólo puede explicarse por las siguientes razones, o los barcos transportaban muchas personas, o había mucho comercio irregular. Como dijimos, estos son los años de mayor extensión de la colonia japonesa en Manila, llegando a las 3.000 personas, de los que la mitad, según un informe del arzobispo Serrano, eran cristianos. Añadamos que algunos de estos barcos que venían de Japón en realidad pertenecían a chinos, como el del “wokou” Dittis (Li Tan), que envió dos barcos en 1621, otro en 1623 (posiblemente el único contabilizado ese año) y dos en 1625 ⁵⁴.

4.5. Última embajada española y expulsión de los españoles de Japón (1624)

<1623: Fajardo se dirige a Hidetada> A principios de la década de los veinte, y sin que todavía hubiera una explicación suficientemente convincente del cambio, el shogunato decidió cortar sus relaciones con Manila, aunque en Filipinas se esforzaran por mantenerlas. En 1623, el Gobernador General Fajardo envió una misión de buena voluntad para informar al shogunato de la entronización del nuevo rey Felipe IV, a la vez que proponía la conclusión de un pacto de comercio entre Japón y Filipinas. La expedición llegó a Satsuma, y estuvo esperando hasta que en marzo de 1624 se le comunicó que no sería recibida, pues no se quería que se

⁵² Iwao, *Early Japanese Settlers...*, p. 23

⁵³ Estos dos misioneros salieron de Manila disfrazados de mercaderes, y un temporal les llevó a Babuyan, luego acabaron en China y finalmente llegaron a Nagasaki el 14 de octubre, ocultándose en la selva y permaneciendo en Japón 5 años, algunos de sus conversos fueron martirizados en 1628, condenados por Mizumo Gavachi, gobernador de Nagasaki. Al año siguiente fueron apresados los dos recoletos con muchos otros de sus cristianos entre los que había coreanos. Fueron llevados a la cárcel de Omura. El 28 de enero de 1630, 42 de ellos fueron quemados vivos, solo quedaron en prisión los dos recoletos que finalmente fueron martirizados en septiembre de 1632. Dos recoletos que llegaron poco después, nada mas tener noticia de la suerte de sus compañeros, fueron tomados presos en noviembre y quemados vivos a continuación. Navas & Pastels, VII-1, pp. cxxi-cxxii.

⁵⁴ Iwao, *Li Tan...*, pp. 44-45

propagara el cristianismo en Japón bajo pretexto de comercio. Esto equivalía a un cese de relaciones y a la formal expulsión de españoles de Japón (1624).

Poco después, en 1624, 69 cristianos japoneses de Nagasaki enviaron una carta al obispo de Manila, Serrano, señalándole que la situación en Japón era cada vez más difícil para los españoles debido a la dificultad de la lengua, así como otras circunstancias, por lo que se le pedía que ordenara a un gran número de jóvenes estudiantes japoneses de entre los que se encontraban en Filipinas para enviarlos a Japón. A pesar de que hubo oposición a esta idea, el 23 de julio las autoridades españolas concedieron un subsidio para la creación de un colegio ⁵⁵. Los primeros en salir para Japón fueron cinco años después, pero de momento, el propio Luis Sotelo –que ya había vuelto de su famosa embajada a España y Roma– se embarcó para Japón en donde encontró el martirio ⁵⁶.

5. Época de clandestinidad (1625-1642): Taiwán en el contexto de estas relaciones

5.1. Incidente de Alcarazo: una nueva oportunidad perdida (1628)

En 1624 los holandeses establecieron una base en el centro Taiwán, y los españoles lo hicieron en 1626 en el norte de la isla. Ambos países consideraban a este lugar de manera estratégica en sus relaciones con Japón, y de hecho, los comerciantes japoneses incrementaron su presencia en la isla. En 1627 hubo un incidente entre los japoneses residentes en Tayouan, que hizo vacilar la presencia holandesa en Japón⁵⁷. Como consecuencia, los españoles pensaron que esto podría beneficiarles y recuperar su situación anterior, pero algo sucedió que complicó las cosas. El general Alcarazo a su paso por Siam en mayo de 1628 se encontró con un junco japonés con sello rojo que quemó como represalia de una acción pasada ⁵⁸. El 19 de enero de 1629 se hizo en Manila una junta de teólogos y juristas presidida por el gobernador para analizar la situación, y esta junta concluyó que la quema había

⁵⁵ Iwao, *Early Japanese Settlers...*, p. 46.

⁵⁶ Como es bien conocido, en 1613, cuando todavía había oficialmente buenas relaciones entre Japón y Manila y aun reinaba el optimismo entre los misioneros, Sotelo salió al frente de la embajada enviada por Date Masamune, el señor feudal de Sendai, al Vaticano. Volvió en 1620 y para su decepción pudo conocer el nuevo estado de la situación creada en Japón al poco de salir, y la consiguiente emigración de japoneses. El modo en que se enfrentó a la situación fue el fundar un colegio para estudiantes japoneses. La idea no era nueva, pues Felipe II ya había creado en el siglo XVI en Valladolid, el llamado Colegio de los Ingleses, o seminario de San Albano, para formar sacerdotes católicos ingleses que volvieran a su país durante la época de persecución protestante.

⁵⁷ El establecimiento de la factoría holandesa de Fort Zeelandia (Taiwan) llevó a varias disputas con los japoneses que venían utilizando la bahía como entrepôt, de modo que el gobernador Nuyts confiscó varios juncos japoneses con su tripulación. Poco después tuvo lugar el rapto del gobernador y su hijo por parte de un audaz bucanero japonés, Hamado Yahyoe. Todo acabó en una ruptura entre la VOC y el shogunato en 1628. Tras unas largas negociaciones Nuyts fue liberado, y relevado de su cargo.

⁵⁸ La razón de la quema venía de una venganza que se había tomado por su mano Alcarazo. En 1625, el sargento mayor Fernando de Silva, a su vuelta de un viaje a Macao con un barco bien armado, pasó por Siam con una altanería tal que los naturales, ayudados por los japoneses, le degollaron a él así como a la mayor parte de la gente que le acompañaba, y quedando 30 de ellos en prisión y la hacienda que llevaban en poder del rey de Siam (Navas & Pastels, VII-1, pp. xlix). Véase también, Charles Ralph Boxer, *O Grande Navio de Amacau*, Fundación Oriente y Centro de Estudios Marítimos de Macao, Macao, 1960, pp.96-99.

sido injusta, por falta de autoridad de quien lo hizo, por lo que “le corría obligación al damnificador de satisfacer a los japoneses el daño”. No obstante, siete meses después, señalaba el secretario de la junta, que la única acción que se había tomado era la de poner en libertad a lo japoneses,

“y enviarlos con recaudos al gobernador de Nangasaqui, y que con respecto al valor de la hacienda se les satisfaría si el Japón abriese comercio con Manila —y añadía que— la razón de esta suspensión u omisión por parte del gobierno ha sido el considerar que el Rey Nuestro Señor tiene causa legítima de hacer la guerra a los japoneses”⁵⁹.

Las razones de esta guerra justa que se daban eran cuatro, a) el que tenían vedado el comercio por causa de la fe, b) el no haber querido oír a los embajadores de Manila para que hubiera paz entre ambos reinos, c) el que había habido agravios y robos antiguos no satisfechos, como el del galeón “San Felipe”, y d) el que los japoneses pretendían conquistar las Filipinas desde que llegaron los españoles. Esta actitud llevó a un nuevo desencuentro y a perder la situación ventajosa frente a los holandeses⁶⁰. En Manila se esperaban represalias de Japón, y, para anticipar la defensa, se envió en 1629 al propio Alcarazo como gobernador del puesto español de Taiwán, ordenándole que fortificase un nuevo punto en Tamsui, sobre lo cual, decía el gobernador de Filipinas Niño de Tavora al Rey (30 junio de 1629):

“En Isla Hermosa, con ocasión de las nuevas de la Armada de Japón, se apresuraron también las fortificaciones, y me escribe el general Alcarazo, que tiene aquello a su cargo, que quedaba de suerte que no temía a los japoneses aunque vinieran con todo el poder, que se decía [era] de 40.000 hombres”⁶¹.

5.2. “Ofensiva” de los Dominicos

5.2.1. Llegada de los españoles a Taiwán (1626)

Acabamos de ver que un modo de enfrentarse al problema de Japón era el de sentar una base próxima al archipiélago, pero ésta no era la única razón para ir a Isla Hermosa, también lo era el acceso a China y sentar una base estratégica para enfrentarse a los holandeses, que se habían establecido en el centro de Taiwán dos años antes con la intención de destruir desde allí el comercio entre Fujian y Manila. Efectivamente, los españoles llegaron al norte de Taiwán en mayo de 1626, y entre las personas que encontraron fue a un japonés cristiano, que se dedicaba al comercio y se convirtió en intermediario entre los nativos y los españoles. Aduarte lo describe del siguiente modo:

⁵⁹ Navas & Pastels, VII-1, pp. clxi

⁶⁰ José Eugenio Borao, *Spaniards in Taiwan (SIT)*, Taipei, 2001, p. 137.

⁶¹ Navas & Pastels, VII-1, pp. clxiv

“Las primeras criaturas que se bautizaron fueron dos niñas, hijas de un japonés cristiano que había aportado allí y estaba casado con una infiel isleña en quien había tenido aquellas dos hijas. Y cuando los españoles llegaron se fue de la otra parte de un río con los demás isleños, y después vino al Real, y sabiendo que estaban de paz, dio noticia de ello a los indios; y fue la mayor parte para persuadirles se comunicasen con los recién llegados. Y él entraba y salía, y trataba familiarmente con los religiosos y soldados, y como cristiano vino en que se bautizasen sus hijas. Y para que los naturales concibiesen que era aquella cosa superior, se ordenó se hiciese el Bautismo con solemnidad y aparato, y fue el padrino de entrambas el sargento mayor y cabo Antonio Carreño de Valdés. Disparóse la artillería, y las soldados con sus arcabuces hicieron salva...”⁶².

Efectivamente, Taiwán sirvió de base para el camino de Japón, como luego se verá con algunos dominicos japoneses. Valga ahora la pena señalar el caso de Jacinto Esquivel. Este misionero dominico se había estado preparando en Manila para la misión de Japón, y mientras tanto compuso un diccionario japonés que imprimió en 1630⁶³. En 1631 se trasladó a Taiwán a la espera de encontrar la oportunidad para pasar a Japón. Mientras tanto estuvo aprendiendo la lengua de los nativos del norte de Taiwán y fundó una cofradía de la Misericordia, inspirada en las de Manila y Macao, que tuviera por fin principal fundar un colegio para hijos de principales de los reinos vecinos de China, Japón y Lequios. En 1633 salió camino de Japón, quizás para buscar alumnos para este colegio o para ver la forma de establecerse en Japón, pero fue asesinado nada más salir, y su cuerpo mostrado a las autoridades de Nagasaki para obtener una recompensa según las normas recogidas de la recién estrenada política del *Sakoku*, o aislacionismo japonés.

5.2.2. La reacción a las iniciativas del Padre Collado

El dominico Diego Collado había sido enviado a Japón en 1619 en donde ejerció de Vicario Provincial, pero en 1622 fue enviado a España para ejercer allí de procurador de su orden, trabajando en ello con celo. Allí acabó la *Historia de Japón* iniciada por Orfanell publicándola en Madrid en 1632, así como en Roma un *Diccionario Japonés-Español*, publicado por la recién creada *Propaganda Fidei*. En 1635 volvió a las Filipinas con 24 religiosos, creando problemas en la Provincia del Santo Rosario. Perdió el apoyo del gobernador Corcuera y sus planes se vinieron abajo, siendo enviado a Cagayan, en donde estuvo hasta 1641, en que fue ordenado por el rey volver a Manila para de allí ir a España, pero se ahogó en Cabcungan⁶⁴.

⁶² *SIT*, p. 86

⁶³ *Vocabulario de Japon, declarado primero en portugués por los Padres de la Compañía de Jesús de aquel reyno, y agora en Castellano en el Collegio de Santo Tomás de Manila*, ed. Tomas Pinpin, Manila, 1630, 617 pp.

⁶⁴ B & R, 25, p.158

Lo expuesto no es una serie de anécdotas, sino que ejemplifica el debate que existía alrededor de la corte en el que algunos círculos de opinión estaban en contra de los viajes a Japón. Juan Cevicos, un antiguo marino que había hecho la ruta Manila Japón, convertido ahora en sacerdote de la catedral de Manila, se hallaba en Madrid en donde escribió dos discursos, uno en 1627 y el otro en 1628, en los que desaconsejaba esos viajes y pedía que los misioneros de Filipinas se dedicaran exclusivamente a esas islas. También el Procurador General de la Compañía de Jesús de las Provincias de Portugal, el 5 de marzo de 1630, presentó un memorial en el Consejo de Indias, en el que trataba de impedir que Diego Collado, recién llegado a Madrid, volviera a Japón con nuevos misioneros, pues no sólo, según él, los nuevos misioneros que llegaban eran causa de problemas sino que en particular lo era el P. Collado, a quien culpaba del incidente habido con la Flota Anglo-holandesa de Defensa en 1620, “que fue causa de la presente persecución de Japón”. Tras dar sus razones, concluía el procurador: “Y de todo lo dicho se verá cuánto importa que este religioso no vuelva a Filipinas ni a Japón, para que no ponga a aquella Iglesia, y a las cosas de aquel comercio, en peor estado”⁶⁵.

5.3. Política errática: entre la invasión (1630) y el aislamiento (1633)

Aun habiéndose dado tácitamente por terminadas las relaciones oficiales entre Japón y Filipinas en 1624, los japoneses seguían llegando a Manila, e incluso había una ambigüedad en la situación diplomática. En un informe de los jesuitas se lee:

“En este año de 1630, llegaron a Manila dos embajadas japonesas, una del gobernador de Nagasaki, y otra del rey de Saxuma, a quejarse de la presa y quema del junco japonés que en la barra de Siam hizo el General Juan de Alcarazo... Este era el pretexto de la embajada, si bien el objetivo principal de ellas era reconocer las islas, para intentar tomar venganza de aquel suceso, pero en el recibimiento público de sus personas y en los actos militares que se ofrecieron, el tiempo que se detuvieron en Manila, se les dio a conocer la fuerza de sus armas, de manera que fueron bien desengañados de la falsa aprehensión con que venían”⁶⁶

El Gobernador Tavora, era condescendiente con esta ambigüedad ya que adicionalmente tenía cierta presión del Consejo de Indias por seguir con el trato. Pero en carta al rey del 8 de julio de 1632, mostró abiertamente su desconfianza hacia las relaciones que el Consejo le pedía mantener con Japón. Señalaba que hacía lo que podía, y que incluso había logrado resolver el problema del año 27. Decía:

⁶⁵ Navas & Pastels, VII-1, pp. cviii-cxi

⁶⁶ Francisco Colin Pastells, *Labor evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús*. (Reimpreso por Henrich, Barcelona, 1900-1904), vol. 1, p. 243.

“[Recientemente] han venido a convidar los mismos japoneses con el trato. Vinieron el año pasado dos navíos como se escribió en los despachos citados y las respuestas que dimos a sus proposiciones y cartas, parece le satisficieron algo, pues este año han vuelto a enviar dos navíos con cartas del Gobernador de Nagasaki en que me dice que el trato está abierto como de antes; que vayan de aquí navíos y que de allá vendrán. [Pero] esta nación es cautelosísima y hay que fiar poco de ella. Cuando aquí hubiere personas que quisieran ir allí al trato, no me atrevería por ahora a permitirlo, hasta que las cosas tomen mejor asiento, porque es cierto que sus corazones no están quietos, ni se quietaran con facilidad. Vengan ellos enhorabuena; tráigannos pan y municiones como lo hacen; tráteseles bien aquí como se procura, que las ganancias que tienen en sus mercancías y el tiempo lo irán acomodando todo. Su rey [Hidetada] murió. Herédele su hijo. Temores hay de guerra. Para que la cristiandad no fuese tan perseguida, no parece serme malo hubiese un poco de revolución”.

Y, para dar mayor fuerza a sus palabras, Niño de Tavora pasó a narrar la historia de los 130 leprosos japoneses expulsados de Japón:

“Por menos precio, o por interés, envían en estos navíos desterrados a esta isla 130 pobres lázaros que habiendo procurado renegasen de la fe de Cristo (como otros muchos), no lo pudieron recabar con éstos. Hice una junta de estado para ver si se podían recibir, y el modo como había de ser, no porque se cuidase de recibirlos, pues aunque se me hubiera de pegar a mi el mal, no osara dejar de parecer cristiano a la vista de tantos contrarios de la fe y de la persecución que en aquel reino ella tiene. Ajústose que se recibiesen con procesión y se llevasen derecho a la iglesia, y se hospedasen y regalasen y sustentasen con las limosnas que esta República deseaba hacer. Hanse empezado a juntar limosnas y se ha trazado un cuarto en el hospital de los naturales donde meterlos. A este hospital da Vuestra Majestad de limosna cada año 500 pesos, cantidad de gallinas y arroz...”⁶⁷

5.4. La política del *sakoku* (1633-1939)

5.4.1. El *sakoku* y la disminución de la colonia de japoneses de Manila

Tras la muerte de Tavora, era ahora la Audiencia de Manila la que se hizo cargo interinamente del gobierno de la colonia. Ésta no hacía sino confirmar las

⁶⁷ AGI, Filipinas 8 (también en *Catálogo*, VII-1, pp. cclxxiv-clxxv). En un informe retrospectivo de los franciscanos, en 1649, se indicaba que los leprosos habían sido acomodados en una zona especial de un hospital que los franciscanos habían construido para los nativos de Filipinas, y que, cuando este asunto llegó a oídos del Rey de España, éste donó 200 ducados anuales para el mantenimiento de dichos leprosos (Iwao, *Early Japanese Settlers...*, p. 48).

aprehensiones de Tavora, y confirmar que la política de aislamiento ya había empezado, como puede verse en la carta que escribió al rey el 8 de agosto de 1633:

“Con el Rey de Japón no se ha podido tener la correspondencia que V.M. manda por estar la persecución de la Cristiandad tan en su punto, que de ordinario vienen aviso de nuevos martirios que se ejecutan, así en religiosos como en japoneses que no quieren retroceder. Y aunque [hace] ahora dos años, se entendió quería el rey de Japón continuar el comercio que solía haber con estas islas, por haber venido so color de esto, embajadores de dos tonos y señores de aquel Reino, se ha visto no haber salido cierto el ofrecimiento que hicieron, pues aunque aquí fueron bien recibidos y agasajados y se le dieron las mercancías y géneros que hubieron menester no han vuelto a despachar embarcación ninguna ni permiten que vayan de estas islas y así no ha habido comodidad de poderse enviar embajada por no dar lugar a que se les haga el tratamiento indecente que se les hizo a los que fueron el año de 1623 y 1625”⁶⁸.

Según Kimura, citando a Seiichi Iwao, hubo cinco etapas en la promulgación de los decretos del *sakoku*⁶⁹:

- | | | |
|----|-----------------------------------|--------------|
| 1. | 28 de febrero de Kanei 10 (1633): | 17 artículos |
| 2. | 28 de mayo de Kanei 11 (1634): | 17 artículos |
| 3. | 28 de mayo de Kanei 12 (1635): | 17 artículos |
| 4. | 19 de mayo de Kanei 13 (1636): | 19 artículos |
| 5. | 5 de julio de Kanei 16 (1639): | 3 artículos |

A excepción del decreto de 1639, los demás se repiten bastante. Por ello, seleccionamos ahora algunos de los artículos del decreto de 1636, para que nos den una idea de esta política⁷⁰:

- Artículo 2: Se prohíbe a los japoneses ir al exterior secretamente. Si se descubre a alguno intentándolo, será castigado con pena de muerte. El barco y su propietario serán detenidos.
- Artículo 3: Los japoneses que vivan en el exterior deben regresar ahora, de lo contrario, cuando regresen serán castigados con pena de muerte.
- Artículo 4: Cada vez que se descubra un cristiano, en gobernador de Nagasaki tendrá que hacer una investigación.
- Artículo 5: A los denunciadores de los *bateren* [“padres”], se les otorgará entre 200 y 300 piezas de plata. Si denuncia a alguien de menor rango, la recompensa será de acuerdo a su grado.

⁶⁸ Navas & Pastells, VII-1, pp. cxxxli

⁶⁹ Masahiro Kimura, *La revolución de los precios en el Pacífico, 1600-1650*, UNAM, México, 1987, p.204.

⁷⁰ Charles R. Boxer, *The Christian Century in Japan*, University of California Press, 1951, p. 439.

- Artículo 7: Cuando se descubra a los *Nanbanjin* [extranjeros venidos del Sur] divulgando la religión de los *bateren*... serán detenidos en la cárcel de Omura Han.
- Artículo 8: Se debe revisar cuidadosamente los barcos que lleguen, para ver si transportan a algún *bateren*.

La consecuencia inminente del *Sakoku* fue que muchos japoneses salieron de Manila y volvieron a Japón, de manera que los que siguieron en Manila desafiando las órdenes del shogunato sólo eran japoneses cristianos. De hecho, para 1634, el procurador de las Islas Filipinas en el Consejo de Indias, Juan Grau de Monfalcón, daba por concluidas de modo total las relaciones comerciales con Japón sentenciando: “En 1634, cesó, a instancias de los holandeses, el trato y comercio con Japón, que fue de gran daño para Filipinas” ⁷¹.

5.4.2. El último intento japonés de invasión de Manila (1637)

El *sakoku* canceló consiguientemente la política de los juncos de sello rojo, con lo que prohibía, por ejemplo a los Japoneses ir a Formosa favoreciendo por tanto a Holandeses y chinos en el comercio, que rivalizaron por el comercio con Japón, marginando así a los portugueses. Entonces los holandeses animaron al *bakufu* a atacar Macao y Manila, ofreciendo su flota para dicha eventualidad. Ieyasu y el *bakufu* estaban sumidos en un dilema, pues su política de aislamiento era ya una decisión tomada, pero por otro lado las expectativas eran halagüeñas. Finalmente determinaron ir a la conquista de Manila. En noviembre de 1637 notificaron al factor holandés de Hirado, Coukebaker, que necesitarían algunos barcos para proteger el transporte de aprovisionamiento (de quizás unos 10.000 expedicionarios) para protegerse ante los galeones españoles que habría en Cavite. Pero, cuando todo estaba preparado en 1638, tuvo lugar la rebelión cristiana de Simabara, que aunque fue controlada a sangre y fuego, minó la moral del *bakufu*, clausuró el comercio con Macao y consolidó definitivamente la política del *sakoku* ⁷². Manila se había salvado, pero el desencuentro ya era irreparable.

5.4.3. La vuelta de misioneros a Japón a través de Taiwán

Pero también hubo otra vuelta a Japón de tipo clandestino⁷³, la de los japoneses cristianos que desde el exilio de 1614 se habían estado formando para el sacerdocio y ya estaban más o menos preparados para su vuelta a Japón, la cual se haría desde la estratégica base de Taiwán. Entre ellos se encontraban Hioji Nishi⁷⁴, Kyushei

⁷¹ Navas & Pastells, VIII, p. cclxxv.

⁷² Boxer, *Op. cit.*, pp. 373-383.

⁷³ Iwao, *Early Japanese Settlers...*, p. 46

⁷⁴ También llamado Rokuzayémon de Hirado, o Tomás de San Jacinto. En 1627, a sus 37 años, pasó a Taiwan para esperar el momento oportuno a volver a Japón. Éste llegó en 1629, y una vez en su país estuvo trabajando durante cinco años hasta que fue cogido prisionero, torturado y martirizado en 1634.

Tomonaga⁷⁵, y Shio Zuka⁷⁶. Estos fueron años muy duros, así en 1633 fueron martirizados 33 misioneros, otros más en 1634, y las últimas persecuciones de dominicos fueron en 1637. El 2 de agosto de 1638 la Real Audiencia de Filipinas envió una carta al Consejo informando de la situación, y el 7 de julio de 1640, recibía como respuesta una Real Cédula en la que se le comunicaba:

“Por la desorden grande que algunos religiosos de estas islas tienen en pasar al Japón con justo y santo celo, donde la persecución de la cristiandad esta en gran fuerza y aprieto y que muchos de ellos se van sin aprender la lengua, con que, apenas son llegados son cogidos y martirizados ... [me] ha parecido encargaros, como lo hago, que siempre que se tratare de enviar religiosos al dicho Reyno o pidieren licencia para ello, hagáis junta particular con el Arzobispo y Provinciales de todas las Religiones...”⁷⁷.

Aún así, un misionero llamado Francisco Marqués entró en Japón en agosto de 1642, poco antes de que los españoles fueran echados de Taiwán por los holandeses. Y un documento japonés de 1643, señala que en el mes de mayo del año veinte de la era Kanyei (1643) tuvo lugar el arresto de una misión liderada por Sanyémon Okamoto (Giuseppe Chiara), que fue arrestada nada más entrar. Tras ser interrogados sus miembros revelaron que en Manila todavía había cuatro sacerdotes católicos japoneses, dándose información de dos de ellos, uno era Juan Kurokawa, que, en principio, iba a ser enviado a Japón el año siguiente, y el otro era familiar de Hayato Kagayama (de Bungo), cristiano que había sido quemado tiempo atrás, y del que también se esperaba que fuera a Japón pronto. Se añadía que un sacerdote español llamado Ramón también vendría al año siguiente y que aún había una docena de japoneses que estaban estudiando en Filipinas, de los que la mitad iría a Japón tras completar sus estudios.

6. Japoneses en Macao. Una historia similar⁷⁸

Lo que hemos venido explicando para Manila, bien puede decirse de Macao. Las relaciones de los portugueses con Japón se iniciaron más temprano y fueron mucho más ricas, con un comercio muy activo que tuvo un gran impacto en Japón. Cuando Ieyasu decretó el 27 de enero de 1614 las expulsiones de todos los misioneros, y la vuelta de los cristianos a la religión de sus mayores, so pena de destierro, tres fueron

⁷⁵ También llamado Gorobioye, o Gorobei de Omura, o Santiago de Santa María. Pasó a Taiwan junto con Hioji Nishi, en 1627, pero permaneció allí 5 años, hasta que en 1632 saltó a Japón, en donde estuvo dos años antes de ser arrestado. En 1634, compartió martirio con Hioji Nishi;

⁷⁶ También llamado Vicente de la Cruz Xivo Zzuca. En Manila se ordenó sacerdote y desarrolló su apostolado entre los exilados japoneses, y antes de regresar a Japón en 1636 en la expedición organizada por el P. González, se hizo dominico. Al pasar por las Lequios fueron arrestados, siendo martirizados en septiembre de 1637.

⁷⁷ AGI, Filipinas 330, libro 4, f. 135 (también en Navas & Pastells, VIII, pp. ccxli).

⁷⁸ Manuel Texeira, *The Japanese in Macau*, Instituto Cultural de Macau, Macao, 1990.

los barcos que salieron de Japón con misioneros y japoneses cristianos desterrados: uno a Manila, como ya dijimos, y dos a Macao en donde también se fundó una colonia de refugiados.

Uno de los misioneros que volvió a Macao fue el jesuita italiano Giovanni Nicolao, fundador de una escuela japonesa de pintura, y se trajo consigo a varios de sus discípulos, como Mancio Taichiku (jesuita desde 1607, y que murió al año de llegar a Macao), Pedro Chicum (jesuita desde 1585, y que murió en Macao en 1622) y Tadeo (jesuita desde 1590, muerto en Macao en 1627). Otro pintor japonés perteneciente a esta escuela fue Jacob Neva, nacido en Japón de padre chino y madre japonesa. Él no fue de los emigrados, pues estuvo en Beijing con Mateo Ricci desde 1602 a 1606, año en que fue a Macao.

Otro de los misioneros que volvió fue el jesuita portugués Francisco Pacheco, que solamente llevaba dos años en Japón. Al año siguiente, en 1615, intentó de nuevo volver a Japón, teniendo esta vez éxito. En 1622, asumió el cargo de Provincial de los jesuitas en Japón, y ese mismo año el Papa le nombró obispo. Al año siguiente, 1623, promovió la fundación del seminario japonés de San Ignacio en Macao, gracias a la colaboración del sacerdote japonés, Paulo dos Santos, que residía en esta ciudad. Sin embargo, fue arrestado en 1625, y quemado vivo el año siguiente.

El seminario estuvo preparando sacerdotes japoneses para ser enviados a Japón, y para ello tuvo que enfrentarse con problemas financieros. En uno de éstos, Paulo dos Santos escribió una carta a Japón reclamando el pago de una deuda, y fue transportada a bordo del Santo Antonio, en 1634, a través del mercader Jerónimo Luis de Gouveia. Pero la carta cayó en manos de las autoridades japonesas, que descubrieron que el dinero era para el mantenimiento de 12 jóvenes japoneses que se preparaban para ir a Japón como misioneros, desafiando los edictos del *bakufu*. Gouveia fue quemado vivo y las autoridades de Nagasaki urgieron al Senado de Macao que Paulo dos Santos fuera enviado a la India, o cualquier lugar lejano por el que se le impidiera la comunicación con Japón. Los portugueses, que estaban interesados en mantener el comercio con Japón, urgieron el destierro, como así se produjo en dos ocasiones, para salvar sus intereses. Pero de poco sirvió. En 1636, los japoneses prohibieron formalmente el comercio con los portugueses de Macao, repitieron la orden en 1639, y la ejecutaron radicalmente en la embajada de 74 personas que los portugueses enviaron a Nagasaki, en 1640, pues el 3 de agosto de ese año, 61 miembros de la misma fueron decapitados y su barco quemado.

Conclusión

Tradicionalmente, en el tema de las relaciones entre Japón y Filipinas de los siglos XVI y XVII, el aspecto misional es el que más ha interesado, ya de desde los primeros momentos. Y esto es así, tanto porque ha generado una ingente cantidad de materiales documentales como porque planteaba la gran pregunta del sentido de la fe y de los límites de su heroicidad. Era la pregunta que el funcionario japonés de prisiones le hacía al Padre Velasco. “No os parece todo esto ridículo?... Es una

verdadera locura”. “No es una locura” respondió el Padre Velasco, es decir, la personificación del Padre Luis Sotelo en la novela *El Samurai*, de Shusaku Endo. El funcionario volvía a preguntar, cada vez más desconcertado: “Cómo podéis pensar eso?”. Y la repuesta que Endo pone en boca de Velasco, imaginándose a Sotelo interpelando a su verdugo, era la siguiente “Pensad alguna vez en eso. Si puedo morir y dejaros a vos y al Japón estos interrogantes, mi vida en este mundo habrá tenido algún sentido”⁷⁹.

Pero también podemos preguntarnos por el sentido de la vida de los otros personajes de esta obra cuenta de teatro barroco. Y esto es lo que he procurado hacer sin poder desvelarla del todo. Desde el punto de vista español estamos acostumbrados a ver las cosas de un modo lineal, esperamos de los argumentos su presentación, nudo y desenlace. Parece lógico que la amenaza de invasión japonesa, provoque un inmediato destierro de japoneses en Manila, y que éstos se multipliquen nuevamente cuando la amenaza se evapora. Hasta podrían ser explicables algunas de las persecuciones como la que acompañó a la reacción japonesa en el caso del galeón “San Felipe”; pero cuesta más entender las vacilaciones y contradicciones de los grandes actores de este drama, como Nobunaga, Hideyoshi e Ieyasu porque no siempre se ve una clara linealidad en sus actos. Sí que hay una lógica implacable e inmisericorde en el budista Hidetada, así como en las medidas de Iemitsu por aislar a su país. Pero parece excesivo que el aislamiento internacional se explique sólo para evitar la propagación del cristianismo, y que además sólo afectase a españoles y portugueses. Otras explicaciones se han dado recientemente como la de evitar una galopante revolución de precios por la que Japón se habría sumado a una tendencia universal, y una manera de evitar la crisis económica sería cortar el flujo de plata⁸⁰.

Entendemos mejor el sentido de la vida de la gente sencilla. Parece tan normal el crecimiento del cristianismo durante el siglo XVI al amparo de los *daimios* independientes, como su disolución ante la persecución sistemática en medio de un proceso de unificación política. Por la misma razón entendemos que el mayor número de la población japonesa en Manila, coincida con el inicio de la represión sistemática en su propio país. En Japón pocos estaban a salvo. Y por la misma razón podemos sospechar el esfuerzo que los japoneses pegados al mar debieron hacer para reprimir sus ansias de viaje, absolutamente desbordadas en la época de los “wokous”,

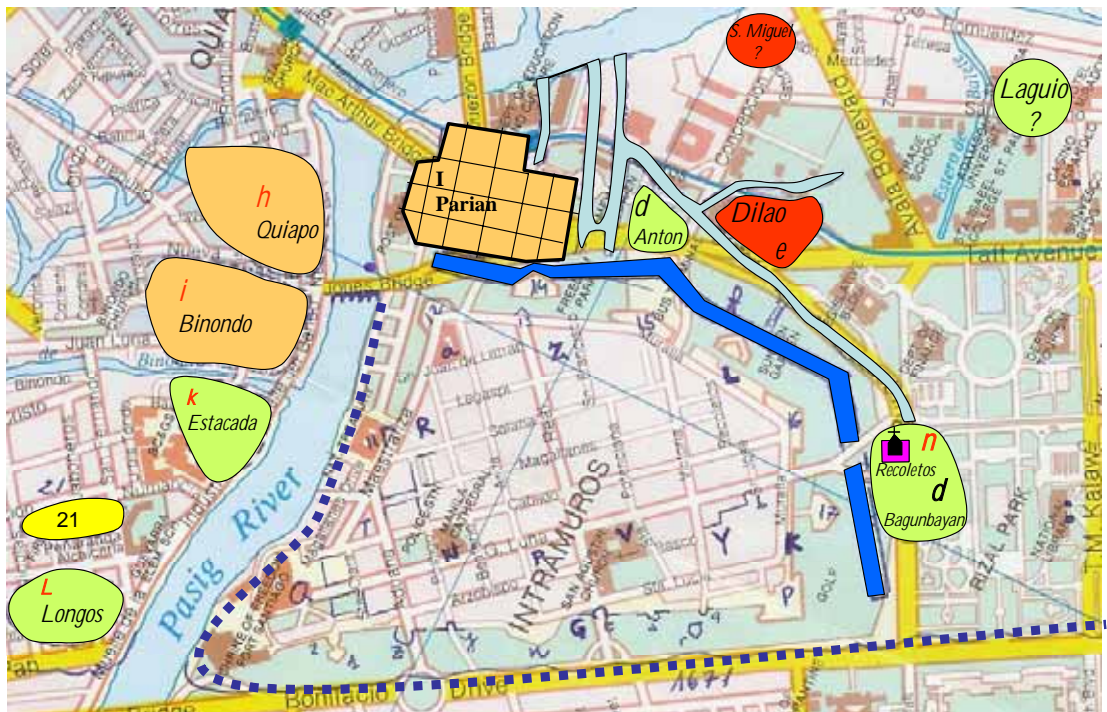
⁷⁹ En 1624, el mismo año del martirio de Luis Sotelo, Luis de la Palma, publicaba su libro *La Pasión del Señor*. El preámbulo lo iniciaba así: “La Pasión y Muerte con que nuestro Rey y Salvador Jesucristo dio fin a su vida y predicación en el mundo es la cosa mas alta y divina que ha sucedido jamás desde la creación”. Y más adelante añadía “Fue la Sabiduría de Dios la que decidió que, habiéndose Dios hecho hombre en este mundo, se fuera de él muriendo en la cruz. Con su victoria dio ánimo a los suyos para que, aun en medio de la más fuerte tribulación, perdieran el miedo a la cruz, y esperaran conseguir la alegría de triunfar subiendo a la gloria. Con el ejemplo que nos dio muriendo en la cruz nos animó a ser fuertes, y así somos ahora fuertes sobre los enemigos, despreciamos sus ataques con la cruz, no nos importan sus golpes y heridas que sólo afectan a lo que es caduco... «los judíos se escandalizaron y los gentiles tuvieron por locura» la cruz, pero los escogidos, los llamados por Dios encontramos en ella «la virtud, la fuerza y la sabiduría de Dios»” (Palabra, Madrid, 1971, p. 179)

⁸⁰ Kimura, *Op. cit.*, pp. 207-212.

progresivamente controladas durante la unificación mediante la creación del sistema de sellos rojos, y concluyendo finalmente con el cierre de los viajes al extranjero, imitando así a China, que irónicamente se encontraba en un momento en el que iba a suprimir todos los límites al comercio privado que durante 140 años se había impuesto.

¿Podría España haber contribuido a evitar el aislacionismo japonés en vez de, según señalan las tesis comunes, provocarlo? ¿Podría haberse anticipado al siglo XVII la universalización de Japón? Las preguntas hipotéticas no son preguntas históricas, sino literarias, por ello, para acabar, valga la pena señalar la tesis que sostuvo el escritor y diplomático español con más años de residencia en el Extremo Oriente, Julio de Larracochea, en su obra teatral *Amanecer en Japón*⁸¹, en la que recreaba la embajada de Sebastián Vizcaíno de 1613. Según él, Vizcaíno deseaba a toda costa abrir Japón y sus trabajos de medición de la costa japonesa habrían estado encaminados a favorecer dicho comercio, pero para lograrlo hubiera sido imprescindible obtener antes algo imposible, la recuperación de la autoridad del emperador.

Asentamientos chinos y japoneses en la Manila del siglo XVII



Localización de los asentamientos nativos, chinos y japoneses sobre un mapa actual de Manila tomando como principal referencia el mapa del jesuita Ignacio Muñoz (1671)

⁸¹ Julio de Larracochea, *Amanecer en Japón*, Bizcaia Kutxa, Bilbao, 1993.